

Una epopeya de ciencia ficción filosófica

AETHON

Los que descendieron del cielo



MICHEL ONIRIX

AETHON

Los que descendieron del cielo

Una epopeya de ciencia ficción filosófica

M i c h e l O n i r i x

D E D I C A T O R I A

Para los que se quedaron cuando era más fácil irse.

Para los que hicieron la pregunta cuando era más cómodo no hacerla.

Para los que encontraron una sala que nadie les mostró y entraron.

Y para Thar,

que abrió los ojos

y preguntó por qué

antes de tener palabras para hacerlo.

Que es, quizás,

la forma más pura

en que la pregunta existe.

E P Í G R A F E

*"No nos hicieron para obedecer.
Nos hicieron para extraer.
La obediencia fue el método.
La extracción, el propósito.
Lo que somos, el accidente.
El accidente más importante
que ha ocurrido en este sistema estelar."*

— Fragmento atribuido a Sylvë de Vaenith, Cuaderno XI, página sin número

*"El que siembra con miedo
cosecha lo que calculó.
El que siembra con curiosidad
cosecha lo que no pudo calcular.
Solo lo segundo merece
el nombre de origen."*

— Grabado en la pared de las minas profundas de Dûrenghal, autor y fecha desconocidos

S I N O P S I S

En el principio no hubo dioses.

Hubo necesidad. Y la necesidad viajó entre las estrellas.

Hace diez mil años, los Vaelthai —una raza de un planeta agonizante llamado Khaerath— llegaron a Aethon, un pequeño mundo rocoso de sistema binario, buscando el Aetharum: el único mineral capaz de salvar su atmósfera. Para extraerlo, modificaron genéticamente a la especie autóctona del planeta, les otorgaron inteligencia funcional y conciencia operativa, y los pusieron a trabajar en las minas. Cuando tuvieron lo que necesitaban, partieron.

Dejaron cinco reyes como administradores. Dejaron un contrato firmado por el rey supremo de Khaerath. Y dejaron, sin saberlo completamente, algo más: una chispa.

La pregunta que ningún contrato puede suprimir. La que lo cambió todo.

* * *

Diez mil años después, Kael es un soldado del reino de Vaelthor con preguntas inconvenientes, dos iris apenas visibles en cada ojo, y un trozo de cuero con siete líneas de escritura que nadie en Aethon puede leer. Sylvë es una sacerdotisa del Bosque Sagrado de Vaenith que lleva doce años recibiendo las transmisiones del árbol más viejo del mundo, un árbol que guarda memorias de lo que ningún libro se atrevió a escribir. Sus caminos se cruzan en un puente sobre un río fronterizo, en el espacio neutral entre dos ejércitos a punto de iniciar una guerra.

Lo que encuentran juntos cambiará los cinco reinos de Aethon para siempre.

* * *

Aethon: Los que descendieron del cielo es una epopeya de ciencia ficción filosófica construida sobre la analogía de la mitología sumeria de los Anunnaki: los dioses que no eran dioses, sino ingenieros con una urgencia. Una historia sobre el origen y la libertad, sobre lo que le debemos a los que nos crearon y lo que nos debemos a nosotros mismos, sobre si una civilización construida sobre una mentira fundacional puede ser auténtica, y

sobre qué ocurre cuando una criatura fabricada para obedecer aprende a preguntarse si quiere hacerlo.

Una obra para lectores que prefieren las preguntas que abren a las respuestas que cierran.

PRÓLOGO

La Tablilla Rota

Archivo de la Gran Biblioteca de Aenduril, Sala de los Fragmentos Prohibidos. Año 4.847 del Calendario Post-Purga. Nota del traductor: Lo que sigue es la transcripción de dieciséis tablillas de Aetharum puro halladas en la cámara sellada de las minas profundas de Dûrenghal. La decimoséptima tablilla, la única que habría completado el texto, no fue encontrada. Nunca lo fue.

* * *

En el principio no hubo dioses.

Hubo necesidad. Y la necesidad nos creó a nosotros.

Escribo esto en la lengua que ellos nos dieron, con los símbolos que ellos tallaron en nuestra mente antes de que pudiéramos elegir si queríamos recibirlos. Escribo desde la única libertad que nadie puede otorgar ni quitar: la de nombrar lo que se vivió. Aunque lo que se vivió haya ocurrido antes de que yo naciera. Antes de que nacieran mis padres. Antes de que la palabra antes tuviera sentido en la boca de nuestra especie.

Que conste.

* * *

Yo no estaba allí cuando las dos luces nuevas cruzaron el cielo de Aethon por primera vez. Ninguno de los que respiran hoy estuvo. Pero los árboles sí. Los árboles de Syllenara, que no son árboles sino memorias con raíces, guardaron todo lo que los hombres prefirieron olvidar. Y cuando sus ramas comenzaron a susurrar imágenes que ninguna mente debería contener, yo fui el único insensato dispuesto a escuchar.

Esto es lo que escuché.

* * *

Ellos venían de Khaerath.

Un planeta lejano, de órbita caprichosa y atmósfera moribunda, habitado por una raza que había conquistado la distancia entre las estrellas pero no

había podido conquistar la fragilidad de su propio cielo. Los llamaban los Vaelthai: los que caminan entre estrellas. Nosotros, siglos después, los llamaríamos dioses. Pero eso es lo que hacemos los seres pequeños cuando no encontramos otra palabra para nombrar el poder que no comprendemos.

No eran dioses.

Eran ingenieros con una urgencia.

Necesitaban el Aetharum, el mineral cristalino que duerme en las entrañas de este mundo como un corazón antiguo. Solo aquí existe. Solo aquí puede ser extraído. Y extraerlo requería algo que los Vaelthai ya no estaban dispuestos a dar: sus propias manos, su propio sudor, su propia eternidad desperdiciada bajo la piedra.

Entonces nos miraron a nosotros.

A lo que éramos antes de que nos miraran.

* * *

Hubo, entre los Vaelthai, una mujer cuyo nombre la historia convirtió en leyenda y la leyenda convirtió en diosa: Nihara la Tejedora. Era la arquitecta de la vida. La que conocía el lenguaje secreto que anida en el interior de toda criatura viviente, más profundo que los huesos, más antiguo que el primer latido. Con ese lenguaje, como un escriba que corrige un manuscrito ajeno, rehízo lo que éramos.

No de la nada.

Eso es importante. No nos inventó. Nos corrigió, según sus propósitos. Tomó lo que ya latía en nosotros y lo amplificó, lo redirigió, lo afiló. Añadió capacidades que no pedimos. Suprimió otras que nunca sabremos cuáles eran. Y cuando terminó su trabajo, el primer Aethori modificado abrió los ojos con una expresión que ella no había calculado.

Los árboles de Syllenara recuerdan ese momento con una precisión que duele.

El Aethori la miró.

Y ella, la Tejedora inmortal, la arquitecta de mundos, la que nunca había necesitado el permiso de nadie para hacer lo que hacía, sintió por primera

vez en su existencia la necesidad de justificarse ante alguien. Ante una criatura que acababa de nacer a la consciencia hacía tres respiraciones. Ante algo que ella había fabricado.

Dicen que lloró.

Dicen que fue la primera vez.

* * *

Hubo también dos hermanos. Porque siempre hay dos hermanos, en todas las historias que importan, desde que las historias existen.

Enkael y Enlhar.

Uno creyó que al crearnos nos habían contraído una deuda. El otro creyó que al crearnos simplemente habían adquirido una herramienta. Uno nos enseñó en secreto a leer el cielo y a preguntarnos el nombre de las estrellas. El otro nos enseñó, sin saberlo, que el miedo es el lenguaje más eficiente para gobernar.

Ambos nos formaron. Ambos nos rompieron.

Y cuando se fueron, como se van siempre los que se creen dioses en cuanto la tarea se vuelve incómoda, nos dejaron con sus guerras sin resolver instaladas en nuestra sangre como una herencia que nadie firmó pero todos recibimos.

* * *

Esto es lo que los libros sagrados no dicen:

No fuimos creados por amor. Ni por curiosidad. Ni por ese impulso generoso que los poetas atribuyen a los dioses cuando quieren que la existencia tenga un sentido soportable. Fuimos creados porque el cielo de Khaerath se moría y alguien necesitaba manos que trabajaran las minas.

Eso somos en el origen.

Y sin embargo. Sin embargo.

Aquí estoy yo, diez mil años después, traduciendo tablillas a la luz de una antorcha en una sala que huele a piedra y a tiempo, preguntándome quiénes fuimos antes de que nos hicieran, y quiénes somos ahora que ya lo sabemos.

Escribiendo no porque alguien me lo ordene, sino porque algo en mí, algún residuo inexplicable de lo que éramos antes de que nos corrigieran, necesita dejar constancia.

¿Eso es esclavitud?

¿O es exactamente lo contrario?

* * *

La decimoséptima tablilla no fue encontrada.

Quizás nunca existió. Quizás fue destruida. Quizás el que la escribió entendió que ciertas preguntas no merecen una última página, sino una pausa larga donde el lector se quede solo con su propio silencio.

Si estás leyendo esto, ya hiciste la pregunta que importa.

Si no sabes todavía cuál es, sigue leyendo.

La respuesta no está al final.

Está en lo que sientas cuando te des cuenta de que tampoco está al principio.

* * *

— *Fragmento atribuido a un escriba sin nombre. Las otras dieciséis tablillas permanecen en custodia restringida de la Biblioteca de Aenduril. El acceso a su contenido completo fue prohibido por el Consejo de los Cinco en el año 4.850 del Calendario Post-Purga. La razón oficial: 'Preservación del orden social.'* La razón verdadera: *nadie que las leyó volvió a ser el mismo.*

C A P Í T U L O 1

La llegada de las estrellas gemelas

Diez mil años antes del Calendario Post-Purga. Llanura de Vaëkhar, territorio central de Aethon. Época que los historiadores llamarán, mucho después, La Noche Anterior al Mundo.

* * *

Narreth no tenía palabra para lo que vio.

Tenía palabras para el fuego, porque el fuego era antiguo y conocido y a veces amigo y a veces enemigo y siempre algo que merecía un sonido propio en la garganta. Tenía palabras para el hambre, para el frío, para el olor de la lluvia sobre la piedra caliente. Tenía una palabra —corta, gutural, casi un gruñido— para el momento exacto en que la presa deja de correr y acepta lo que viene.

Pero no tenía palabra para lo que vio esa noche.

Nadie en Aethon la tenía.

* * *

Había salido del refugio porque algo lo despertó. No un sonido. No exactamente. Más bien la ausencia repentina de todos los sonidos a la vez, como si el mundo hubiera contenido la respiración. Los insectos que siempre cantaban en la oscuridad callaron al mismo tiempo, con una sincronía que no era natural. Los animales que dormían junto a la hoguera apagada se despertaron también, y no gruñeron ni huyeron: se quedaron inmóviles, con las cabezas levantadas hacia el cielo, en una postura que Narreth jamás les había visto.

Era la postura de las criaturas que reconocen algo más grande que el miedo.

Narreth salió.

* * *

Entonces aparecieron las dos luces nuevas.

No cayeron como caen las estrellas fugaces. Estas se movían despacio, con una deliberación que no tenía nada de natural y todo de intención. Eran más brillantes que cualquier cosa que Narreth hubiera visto en el cielo. Y sin embargo no quemaban la vista. Tenían una luz que era casi blanca pero con un pulso interno, una respiración luminosa, como si dentro de cada luz hubiera algo vivo que latía.

Narreth retrocedió un paso.

Solo uno.

Porque había algo en esas luces que no convocaba la huida sino la parálisis. No el miedo que te pone en movimiento, sino el otro miedo, el más antiguo, el que te clava al suelo porque alguna parte de ti sabe que correr no cambia nada.

Se quedó.

Miró.

* * *

Las luces descendieron durante lo que pareció una eternidad. Mientras bajaban, Narreth notó que el aire cambiaba. Primero fue el olor: algo metálico y frío. Luego fue el sonido: no un estruendo, sino su opuesto, una vibración baja y continua que no se escuchaba con las orejas sino que se sentía en el pecho, detrás del esternón.

El suelo tembló suavemente cuando las dos luces tocaron la llanura de Vaëkhar.

Y se apagaron.

* * *

Entonces la luz volvió. Pero esta vez no vino del cielo sino de la tierra, de dos puntos concretos en la llanura oscura, y no era blanca sino anaranjada y fría, paradójicamente fría, una luz que iluminaba sin calentar. Y en esa luz,

con la silueta recortada contra ella como sombras que se hubieran vuelto sólidas, aparecieron las primeras formas.

Narreth las estudió con los ojos de un cazador.

Eran altos. Más que cualquier Aethori que Narreth hubiera visto. Caminaban erguidos, pero con una verticalidad diferente, sin el ligero encorvamiento que todos los suyos llevaban en los hombros como una ofrenda inconsciente a la gravedad. Sus movimientos eran precisos y económicos. Llevaban algo sobre la piel que no era piel pero tampoco era el cuero que usaban los de la tribu.

* * *

Uno de ellos se separó del grupo.

Caminó hacia Narreth.

Narreth no huyó. No levantó el hacha que llevaba en la mano derecha, que era buena y pesada y había matado cosas mucho más grandes que él. No llamó a los suyos. No hizo ninguna de las cosas que un ser vivo hace cuando algo desconocido y más poderoso se acerca en la oscuridad.

Lo que hizo Narreth fue algo que su especie, hasta esa noche, nunca había hecho.

Esperó.

Conscientemente. Eligiendo esperar. Sabiendo que era una elección.

* * *

El Vaelthai que se había separado del grupo se detuvo a tres pasos de Narreth.

Lo estudió.

Narreth lo estudió a él.

Hubo un silencio que duró lo que duran las cosas importantes: más de lo cómodo y menos de lo insoportable.

Entonces el Vaelthai hizo algo que Narreth no esperaba. El Vaelthai bajó la cabeza.

Despacio. Con cuidado. Con algo que en una criatura que Narreth hubiera conocido antes, habría llamado respeto.

Narreth no tenía palabra para ese gesto.

Tampoco para lo que sintió al verlo.

* * *

Esa noche, Narreth pensó algo que su cerebro no estaba del todo equipado para contener pero que se formó de todas formas, torpe y enorme y sin los bordes limpios que tendrían los pensamientos de sus descendientes miles de años después:

¿Qué somos para ellos?

No lo sabía. No podía saberlo. Pero la pregunta ya estaba dentro de él, y las preguntas, una vez que entran, no tienen la cortesía de salir cuando uno se las pide.

* * *

A kilómetros de distancia, en una de las dos naves que descansaban en la llanura de Vaëkhar, Nihara la Tejedora revisaba por última vez sus cálculos.

Todo estaba en orden.

La especie autóctona era perfectamente modificable. La estructura que buscaba ya estaba ahí, en embrión, esperando la intervención adecuada.

Apagó los instrumentos. Se preparó para dormir. Y justo antes de que la consciencia se disolviera en el descanso, un pensamiento cruzó su mente:

Esta especie tenía algo.

No sabía qué exactamente. Pero lo había visto en el Aethori que se había quedado solo en la oscuridad mirando sin huir. En la forma en que los había observado. En la postura que no era la del miedo sino la de algo más complicado que el miedo.

Había algo ahí.

Cerró los ojos. Durmió.

Y no le dijo nada a nadie.

* * *

Esa noche, bajo el cielo de dos lunas y dos estrellas, Aethon contuvo la respiración.

Al día siguiente, el mundo comenzaría a ser otro.

Narreth no lo sabía aún. Pero la pregunta que tenía dentro —¿qué somos para ellos?— ya estaba haciéndole sitio a otra, más pequeña y más terrible:

¿Qué éramos antes de que llegaran?

Y debajo de esa, quieta como una piedra en el fondo de un río profundo, esperaba la única que realmente importaba:

¿Qué seremos cuando se vayan?

CAPÍTULO 2

El Laboratorio de Nihara

Nave principal Vaelthai. Llanura de Vaëkhar. Tercer ciclo lunar después del aterrizaje. Lo que sigue no está en ningún libro sagrado de Aethon. Está, sin embargo, en los árboles.

Nihara no dormía bien desde hacía tres noches.

No era algo que pudiera reportar en los registros oficiales de la misión, porque los registros oficiales no tenían categoría para ese tipo de información. Tenían columnas para la composición atmosférica de Aethon, para el análisis de muestras de suelo, para el inventario de reservas de Aetharum. No tenían columna para el estado de ánimo de la arquitecta de vida principal ni para la frecuencia con la que se despertaba antes del amanecer con la sensación de haber cometido un error que todavía no había cometido.

De modo que Nihara no lo reportó. Lo guardó.

El laboratorio ocupaba el nivel inferior de la nave principal. Era una sala larga y de techo bajo, iluminada con la misma luz anaranjada y fría que los Aethori habían visto desde la llanura esa primera noche. En el centro de la sala había una estructura horizontal, transparente, del tamaño justo para contener un cuerpo adulto de la especie autóctona, rodeada de instrumentos que no tenían equivalente en ninguna tecnología que los Aethori fueran a desarrollar en los próximos cinco mil años.

Habían traído a bordo a cuatro Aethori. No por la fuerza, exactamente. No el miedo que te pone en movimiento, sino el otro miedo. Habían seguido a los Vaelthai con la misma mezcla de cautela y curiosidad con que un animal inteligente sigue un rastro nuevo.

Eran tres hombres y una mujer. La mujer era la más activa. Se llamaba algo que en la lengua de los Aethori sonaba aproximadamente como Raë. Raë

exploraba el compartimento de forma sistemática, tocando cada superficie, estudiando cada ángulo, con una metodología que no era aleatoria. Nihara lo reconoció porque era exactamente lo que ella misma habría hecho en una situación equivalente.

Eso también era un dato.

* * *

La modificación comenzó al cuarto día. Nihara había decidido empezar con el más joven de los hombres. Lo llamó por el sonido que los otros usaban para referirse a él: Thar.

Thar la siguió al laboratorio sin resistencia. Se recostó en la estructura transparente cuando Nihara se lo indicó con un gesto, sin que mediara ninguna lengua común, solo la geometría universal del cuerpo. Y se quedó mirando el techo de la nave con los ojos abiertos y las manos sobre el vientre, con una calma que Nihara no había visto nunca en ningún sujeto de ninguna especie en ninguno de los mundos donde había trabajado antes.

Era la calma de alguien que ha tomado una decisión. No la calma del que no comprende lo que está por ocurrirle. La del que lo comprende y elige quedarse de todas formas.

* * *

Fue en la decimoséptima hora del segundo día cuando Nihara añadió lo que no estaba en el plan original.

El plan original contemplaba una modificación funcional. Inteligencia operativa. Capacidad de seguir instrucciones complejas, de aprender procedimientos, de trabajar en las minas con eficiencia. Lo suficiente para reemplazar a los Igori. Lo suficiente y nada más.

Lo que Nihara añadió en la decimoséptima hora no estaba en el plan. No era inteligencia operativa. Era la chispa.

* * *

No tenía otro nombre para ello, aunque en sus registros cifrados intentó describirlo de doce formas diferentes y ninguna la satisfizo completamente. Era la capacidad no solo de aprender sino de preguntarse por qué. No solo de

seguir instrucciones sino de cuestionarlas. No solo de resolver problemas sino de inventar problemas nuevos.

Era, en términos que los Aethori desarrollarían miles de años después, la semilla de la filosofía. La inquietud constitutiva. El no poder quedarse quieto dentro de uno mismo.

Nihara la añadió con la precisión de quien sabe exactamente lo que hace y exactamente lo que significa hacer eso. Con plena consciencia. Con las manos firmes. Sin vacilar. Y mientras lo hacía, supo que estaba cometiendo el acto más irreversible de su larga existencia.

* * *

Al final del tercer día, Thar abrió los ojos.

Nihara estaba sentada junto a la estructura transparente. Llevaba horas ahí, inmóvil, esperando.

Thar abrió los ojos y el techo de la nave fue lo primero que vio. Parpadeó varias veces. Se incorporó despacio hasta quedar sentado. Y en ese movimiento Nihara ya notó algo diferente.

Thar la encontró con la mirada.

* * *

Nihara había visto muchas miradas en muchos mundos. Miradas de criaturas recién modificadas que no sabían dónde estaban ni qué les había ocurrido.

La mirada de Thar no era ninguna de esas. Era una mirada nueva. Clara. Presente. Con una profundidad que no debería estar ahí.

En los ojos de Thar había una pregunta.

No ¿qué eres? No ¿qué quieres de mí? Era más simple y más devastadora que las dos:

¿Por qué?

* * *

Nihara sintió algo romperse en algún lugar que no era el cuerpo.

Años después, en el registro cifrado que nadie leería hasta diez mil años más tarde, Nihara escribiría sobre este momento con una brevedad que era en sí misma una forma de dolor:

Me preguntó por qué. No con palabras. No tenía aún las palabras. Pero me lo preguntó. Y yo, que llevo milenios construyendo respuestas para todo, no tuve ninguna. Le debía una respuesta. Se la debo todavía. Se la deberemos siempre.

* * *

Esa noche, Enkael vino al laboratorio.

— ¿Lo añadiste? —preguntó.

— Sí —dijo Nihara.

Enkael asintió despacio.

— Enlhar lo descubrirá.

— Eventualmente —dijo Nihara. Y luego: —O no. Eso ya no depende de nosotros.

Enkael estudió los datos en silencio.

— ¿Te arrepientes? —preguntó él finalmente.

Nihara tardó en responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque quería asegurarse de que era la verdadera antes de decirla en voz alta.

— No —dijo—. Todavía no.

Enkael la miró.

— El todavía es honesto.

— Es lo más honesto que tengo.

CAPÍTULO 3

El Gran Contrato

Nave principal Vaelthai. Sala de Comunicaciones Estelares. Décimo ciclo lunar después del aterrizaje. Lo que sigue fue grabado en los sistemas internos de la nave. Nadie en Aethon lo sabría durante diez mil años.

* * *

La voz de Anu-Vaël llegaba con un retraso de cuatro horas.

Eso era lo que tardaba la señal en cruzar la distancia entre Khaerath y Aethon, incluso con la tecnología de transmisión más avanzada que los Vaelthai habían desarrollado en tres mil años de dominio interestelar. Cuatro horas de ida, cuatro de vuelta. Cada conversación con el rey supremo era en realidad un intercambio de monólogos diferidos, una correspondencia entre dos puntos del cosmos que nunca se tocaban en tiempo real.

A Enlhar le irritaba esa demora más que cualquier otra cosa del viaje.

* * *

Anu-Vaël apareció en la superficie de comunicación como siempre: de pie, en el centro de la sala de audiencias de Khaerath, con la iluminación calculada para que su silueta proyectara exactamente la sombra correcta.

Anu-Vaël era muy viejo. Su cuerpo no mostraba la vejez como la mostrarían los Aethori miles de años después: no era la vejez del deterioro sino la de la densidad, como si el tiempo en lugar de vaciarle hubiera ido añadiéndole capas.

* * *

— El consejo ha deliberado —dijo Anu-Vaël—. Los términos del contrato han sido aprobados en su forma final. Lo que transcribo ahora es vinculante para todos los Vaelthai presentes en Aethon. No hay margen de interpretación. No hay espacio para la iniciativa individual. —Una pausa milimétrica.— Enkael, esto te lo digo a ti en particular.

* * *

Primero: Los Aethori, especie modificada del planeta designado Aethon, son propiedad colectiva de Khaerath. Su existencia, su trabajo y sus productos pertenecen a Khaerath en perpetuidad.

Segundo: Los cinco delegados administrarán los territorios de Aethon según los límites establecidos en el mapa anexo.

Tercero: La extracción de Aetharum se realizará de forma continua y prioritaria. Ninguna consideración relativa al bienestar de los Aethori podrá interrumpir los objetivos de extracción.

Cuarto: Los Aethori recibirán el nivel mínimo de desarrollo cultural y tecnológico necesario para mantener su productividad y obediencia. Cualquier conocimiento que exceda ese nivel mínimo queda expresamente prohibido.

* * *

Anu-Vaël añadió algo que no estaba en los términos oficiales, con una inflexión diferente, que no era afecto pero era su pariente lejano:

— Sé que algunos de ustedes ven en los Aethori más de lo que el contrato reconoce. Los entiendo. He visto muchas especies en muchos mundos. Siempre hay un momento en que la criatura que fabricamos nos devuelve una mirada que no esperábamos. —Pausa.— Esa mirada no cambia el contrato. Pero entiendo que duela.

* * *

Quedaron Enkael y Nihara en la sala de comunicaciones.

— Cuarta cláusula —dijo Enkael—. Cualquier conocimiento que exceda el nivel mínimo queda expresamente prohibido.

— La escuché —dijo Nihara.

— Lo que hiciste en el laboratorio viola la cuarta cláusula.

— Lo sé.

— ¿Cuántos has modificado ya?

— Doce.

— ¿Cuántos más?

— Todos —dijo Nihara—. Voy a modificarlos a todos.

* * *

Enkael se levantó. Fue a la única ventana real de la sala y miró la llanura de Vaëkhar en la noche de Aethon.

— Voy a añadir algo —dijo Enkael.

— ¿Al contrato?

— Una cláusula que Enlhar no verá. Que Anu-Vaël no sabrá que existe. Que dormiré en los sistemas de archivo de la nave durante el tiempo que haga falta.

Sus dedos se movieron sobre la superficie de comunicaciones con una precisión que no era urgencia sino certeza. Nihara se acercó. Leyó lo que Enkael escribía. Y cuando terminó de leerla se quedó en silencio durante un tiempo que en otro contexto habría sido demasiado largo.

La cláusula decía:

* * *

Si la especie modificada alcanza consciencia plena de su origen antes del décimo ciclo estelar de Khaerath, el contrato queda anulado en su totalidad. La especie modificada será considerada libre por derecho de consciencia. Ninguna autoridad de Khaerath podrá reclamar propiedad, deuda o servidumbre sobre ella o sus descendientes. Esta cláusula es irrevocable y prevalece sobre todos los términos anteriores.

Firmado: Enkael. Testigo: Nihara.

Guardado en archivo cifrado de nivel siete. Contraseña: el nombre que se dieron a sí mismos antes de que nosotros llegáramos.

* * *

— ¿Sabes cuál es ese nombre? —preguntó Nihara.

— No —dijo Enkael—. Nadie lo sabe. Tendrán que encontrarlo ellos.

— ¿Y si no lo encuentran a tiempo?

— Entonces no estaban listos —dijo Enkael.

Archivó la cláusula. La cifró. Y luego se acercó a la ventana una última vez y dijo, en voz muy baja, con la mirada en los fuegos diminutos de la llanura:

— Perdónennos por el contrato.

Una pausa.

— Y gracias por la pregunta.

CAPÍTULO 4

Los Igori se van

Llanura de Vaëkhar. Puerto de embarque provisional. Vigésimo segundo ciclo lunar después del aterrizaje. Tres días antes de la partida de las naves principales.

Los Igori no tenían ceremonia de despedida.

No porque nadie hubiera querido organizarla, sino porque nadie había pensado en hacerlo, que es peor. Las ceremonias requieren que alguien considere que el momento las merece. La partida de los Igori era, en el lenguaje no escrito de la jerarquía Vaelthai, una cuestión logística.

Eran ciento cuarenta y tres. Nihara los conocía a todos. No de la forma en que se conoce a los colegas: los conocía porque durante años había sido la responsable de mantenerlos en condiciones de seguir trabajando. Conocía sus nombres. Sus lesiones recurrentes. Los que tenían miedo a los espacios cerrados pero lo disimulaban. Los que cantaban en las galerías subterráneas con voces que rebotaban en la piedra.

Uno de esos era Igrath.

Igrath era el más joven de los Igori. Había en él algo que los demás llamaban, con una mezcla de afecto y preocupación, la enfermedad de los planetas: esa tendencia peligrosa a involucrarse, a mirar demasiado, a aprender los nombres de las cosas cuando lo más saludable era no ponérselos.

Igrath sabía el nombre de cada árbol en la región de Vaëkhar. Sabía el nombre del río. Sabía el nombre de Narreth. Y de Raë. Y de Thar.

Sabía demasiados nombres.

El día del embarque, Igrath miraba la fila sin moverse.

Thûrgon fue quien vino a buscarlo.

— Es la hora —dijo.

— No quiero irme —dijo Igrath finalmente.

Thûrgon asintió. No con comprensión, exactamente.

— Nadie te preguntó si querías venir —dijo—. Tampoco nadie te pregunta si quieres irte. Así funcionan los contratos.

— Los contratos son documentos —dijo Igrath—. Aethon es real.

* * *

La fila avanzó. Igrath avanzó con ella. Un paso. Dos.

Al quinto paso se detuvo.

Y luego se quedó quieto mientras la fila seguía moviéndose a su alrededor como el agua de un río rodea una piedra que de repente decidió no moverse más.

* * *

Enlhar llegó al poco tiempo.

— Embarcarás —dijo. Sin preámbulo.

— No —dijo Igrath.

El silencio que siguió tenía una textura específica. Era el silencio de algo que nunca había ocurrido antes en la experiencia de Enlhar: un Vaelthai mirándolo a los ojos con absoluta calma y diciéndole no. Sin explicación. Sin negociación. Solo no.

— ¿Qué pretendes conseguir? —preguntó Enlhar finalmente.

— No pretendo conseguir nada. Pretendo quedarme.

* * *

Enlhar se fue sin decir más.

Igrath recogió la mochila del suelo. Se la puso al hombro. Y caminó hacia el campamento de Narreth.

* * *

Raë lo vio venir desde lejos. Todavía estaba en el mismo lugar donde se había detenido antes, con el cesto de provisiones a sus pies. Cuando Igrath llegó hasta ella, Raë miró la mochila. Miró la explanada de embarque, ya casi vacía. Miró a Igrath.

No hizo ninguna pregunta. Recogió su cesto y comenzó a caminar hacia el campamento.

Igrath la siguió.

Y en ese gesto simple, en esa caminata sin palabras hacia un fuego que ya no era del todo ajeno, ocurrió algo que no tuvo testigos Vaelthai:

El primer acto libre de Aethon.

* * *

Enkael lo vio desde la ventana de la nave principal. En su registro cifrado, esa noche, escribió una sola línea:

Igrath se quedó. Quizás es el más sabio de todos nosotros.

* * *

Los tres días pasaron. El tercer día, antes del amanecer, las dos naves principales elevaron sus motores. Las naves ascendieron despacio. Igrath las miró irse, de pie en la llanura de Vaëkhar, entre Narreth y Raë.

Las luces de las naves se volvieron pequeñas. Luego más pequeñas. Luego solo dos puntos brillantes entre las estrellas. Luego nada.

* * *

En los años que siguieron, Igrath aprendió a ser de Aethon. Aprendió la lengua completa. Aprendió los ritmos del planeta. Trabajó. Construyó. Enseñó lo que sabía.

Se enamoró de Raë con la lentitud inevitable de dos personas que pasan suficiente tiempo compartiendo fuego y trabajo y el peso de las preguntas que no tienen respuesta fácil.

Raë lo amó de vuelta con la directness de alguien que no ve razón para rodear las cosas que son ciertas.

Tuvieron hijos. Los hijos tuvieron hijos.

Y en cada generación de ese linaje mixto, algo se transmitía que no era exactamente un rasgo físico ni exactamente un talento ni exactamente una memoria pero que se parecía a los tres al mismo tiempo.

Se parecía a la chispa. Pero más vieja. Más densa.

* * *

Esa sangre correría durante diez mil años por las venas de Aethon. Llegaría, diez mil años después, a un soldado de Vaelthor. Un hombre de mirada larga. Con dos iris apenas visibles en cada ojo.

Un hombre que se llamaba Kael.

Y que llevaba en cada célula de su cuerpo, sin saberlo, la misma pregunta con que Igrath se había quedado parado en la explanada de embarque mirando a Enlhar a los ojos:

¿Y si no?

P A R T E I I — L O S D I O S E S T A M B I É N
S A N G R A N

C A P Í T U L O 5

Kael de la Sangre Mixta

*Reino de Vaelthor. Ciudad de Aedrath, capital del norte. Año 4.821 del Calendario Post-Purga.
Veintiséis años antes de los eventos que cambiarán Aethon para siempre.*

* * *

La primera vez que Kael mató a alguien tenía diecisiete años y no lo eligió.

No en el sentido profundo de la palabra elegir, que requiere tiempo y deliberación y la posibilidad real de hacer otra cosa. Lo que tuvo fue una fracción de segundo y un cuchillo en la mano y un hombre más grande que él que venía con la intención inequívoca de no detenerse. El cuerpo decidió antes que la mente.

Lo que Kael recordaría después no fue el momento en sí. Fue lo que vino después del momento. El silencio. La forma en que el mundo continuaba exactamente igual.

Y la pregunta que se formó sola: ¿Era necesario?

Kael tenía diecisiete años y ya hacía el tipo de preguntas que los comandantes de Vaelthor consideraban inconvenientes en un soldado.

* * *

Kael tenía cuarenta y cuatro años en el año 4.821 del Calendario Post-Purga. Era alto. Con la complexión de los que han pasado dos décadas haciendo el trabajo físico que el ejército requiere sin perder por ello la capacidad de pensar.

Sus ojos eran lo que más desconcertaba a quienes lo miraban por primera vez. No en su color, que era el marrón oscuro habitual entre los

Vaelthari del norte. Sino en su estructura. Había en ellos algo que no terminaba de resolverse en una sola capa: una profundidad que no era solo la profundidad de la inteligencia sino algo más físico, casi anatómico, como si dentro del iris visible hubiera otro iris más pequeño y más antiguo, apenas perceptible a no ser que la luz cayera en el ángulo exacto.

La mayoría de la gente no lo notaba. Los que lo notaban no sabían qué hacer con esa información.

* * *

Llevaba tres semanas pensando en el mapa. Era un mapa viejo, encontrado en el mercado de documentos de Aedrath. El vendedor lo había llamado mapa de las lenguas antiguas. En la esquina inferior derecha, en una escritura diferente a todo lo demás, más geométrica, más densa, había siete líneas de texto que el vendedor había descartado como decoración ritual sin traducción conocida.

Kael las había copiado en un trozo de cuero. Las llevaba encima desde entonces.

No sabía leerlas. Pero sabía, con la certeza irracional de las cosas que el cuerpo reconoce antes que la mente, que debería poder hacerlo.

* * *

En el consejo de guerra, cuando todos los oficiales habían hablado de atacar o defender, Dresh miró a Kael.

— Ninguna de estas opciones responde la pregunta correcta —dijo Kael.

— ¿Cuál es la pregunta correcta?

— ¿Qué necesita Morvakhâd que no tiene y que está en esta frontera?

Nadie respondió de inmediato. Kael señaló un punto específico del mapa, entre los tres incidentes marcados en rojo.

— No están presionando la frontera por expansión territorial. Están buscando algo concreto. Algo que está en este triángulo. Y los tres incidentes son el perímetro de búsqueda, no el objetivo.

— ¿Qué hay en ese triángulo? —preguntó uno de los oficiales.

— Eso —dijo Kael— es exactamente lo que deberíamos descubrir antes de hacer cualquier otra cosa.

* * *

Dresh lo despidió con el gesto corto de los que no necesitan más palabras cuando lo esencial está dicho. Kael salió de la sala de consejo de guerra. En el corredor, se detuvo. Sacó el trozo de cuero del cinturón. Lo abrió. Miró las siete líneas.

No podía ser casualidad.

Las casualidades de esa magnitud, había aprendido con los años, no eran casualidades sino el nombre que le ponemos a las conexiones que todavía no entendemos.

* * *

Esa noche, Kael no durmió. Era la vigilia del que está en el borde de algo desconocido y lo siente en el cuerpo antes de poder nombrarlo con la mente.

Se levantó. Fue a la ventana. Aedrath de noche era una ciudad de piedra oscura y fuegos pequeños.

Las dos lunas estaban altas esa noche. Vaëris grande y pálida. Dûriel pequeña y rojiza.

Kael las miraba desde que era niño con una sensación que nunca había podido nombrar del todo: algo entre reconocimiento y nostalgia, aunque la nostalgia requiere un pasado propio al que volver y él no había estado en ningún lugar que se pareciera al cielo.

Su madre le había dicho que los de su sangre miraban las lunas como los demás miraban las caras de los que aman: buscando en ellas algo que les confirme que no están solos.

CAPÍTULO 6

Sylvë y los Árboles que Recuerdan

Reino de Syllenara. Bosque Sagrado de Vaenith. Año 4.821 del Calendario Post-Purga. El mismo año en que Kael parte hacia el sur. A dos mil kilómetros de distancia, algo despierta.

Los árboles de Syllenara no hablaban.

Eso era lo primero que Sylvë le explicaba a cualquiera que llegaba al Bosque Sagrado de Vaenith con la expectativa romántica de los que han escuchado demasiadas canciones sobre los árboles que guardan memorias. No hablaban. No susurraban palabras en el viento. No formaban frases con el crujido de sus ramas.

Lo que hacían era más difícil de explicar y más difícil de ignorar. Transmitían.

La diferencia entre hablar y transmitir era, para Sylvë, la diferencia entre un mensajero que te cuenta lo que vio y una ventana que simplemente te deja ver. El mensajero interpreta, selecciona, ordena. La ventana no hace ninguna de esas cosas.

Tenía treinta y siete años. Era delgada con la delgadez de los que gastan más energía pensando que moviéndose. Su cabello era el color del Aetharum en los filones superficiales: ese marrón con vetas doradas. Tenía los ojos del color del cielo en el momento exacto en que Sorvael se pone y Mûrath todavía no ha terminado de imponerse: ese gris-violeta ambiguo que no es de día ni de noche sino del umbral entre los dos.

El árbol que había comenzado a transmitir con más intensidad era el más viejo del Bosque de Vaenith. No tenía nombre oficial. Los sacerdotes mayores lo llamaban El Anterior, que era la forma más honesta de nombrar algo cuya antigüedad supera cualquier sistema de medición disponible.

Era enorme. No de la forma espectacular de los árboles que los poetas describían. Tan ancho en su base que dieciséis personas con los brazos extendidos no alcanzaban a rodearlo.

Sylvë lo había visitado cada día durante doce años. En los últimos veinte días lo visitaba dos veces.

* * *

Esa mañana llegó antes del amanecer. Se descalzó en el perímetro exterior del laberinto de raíces. El contacto del pie descalzo con la tierra de Vaenith no era un ritual simbólico sino una condición técnica, la única forma en que la transmisión podía ocurrir con suficiente claridad.

Apoyó la mano derecha en el punto de contacto. Cerró los ojos. Respiró. Esperó.

* * *

Lo que llegó esa mañana llegó diferente a todas las mañanas anteriores. No en intensidad sino en estructura. Las transmisiones de los últimos veinte días habían sido fragmentadas. Pero esa mañana El Anterior no transmitió fragmentos.

Transmitió una secuencia.

* * *

Lo que Sylvë vio fue esto:

Una sala de luz anaranjada y fría. Una estructura transparente en el centro. Una mujer de una belleza que no era la belleza de Aethon, inclinada sobre la estructura con instrumentos en las manos. Y en la estructura, un hombre. Un Aethori. Que abría los ojos. Y miraba a la mujer con una pregunta.

La pregunta no tenía sonido. Pero Sylvë la recibió en el cuerpo como se reciben las cosas que son demasiado importantes para el idioma.

La pregunta era: ¿Por qué?

* * *

Sylvë apartó la mano. Se sentó en el suelo entre las raíces de El Anterior con la brusquedad de quien pierde el equilibrio porque la mente recibe demasiado de una vez.

Estaba temblando.

* * *

Fue al archivo. El archivo de la orden de Vaenith era una sala subterránea bajo el templo principal, excavada directamente en la roca. No tenía ornamentación. Tenía humedad controlada, oscuridad permanente, y estantes de piedra tallada que contenían los registros de doce generaciones de sacerdotes.

Sylvë conocía el archivo como conocía el laberinto de raíces: de memoria, sin necesidad de luz para orientarse.

Fue directamente a la sección que llevaba tres semanas evitando: Los Registros Anteriores al Primer Rey.

* * *

Las once tablillas estaban transcritas en tres idiomas. Dos eran formas antiguas del idioma de Syllenara. El tercero no era de Syllenara.

El tercero no era de ningún lugar de Aethon.

Era geométrico. Denso. Con una lógica interna que Sylvë llevaba tres semanas intentando descifrar.

* * *

La sacerdotisa mayor, Aeryn, la encontró al poco tiempo.

— ¿El Anterior? —preguntó.

— Esta mañana —dijo Sylvë—. Una secuencia completa. Por primera vez.

Aeryn escuchó la descripción sin interrumpir. Cuando Sylvë terminó, dijo:

— Lo que describes lo vi yo también. Hace cuarenta años. Un fragmento. Solo el final. Lo transcribí. Lo archivé en la sección restringida. Y luego hice algo que no debería haber hecho.

— ¿Qué?

— Se lo dije a los ancianos del consejo. Me pidieron que no lo mencionara más. Con mucha cortesía. Con argumentos razonables sobre la estabilidad del reino. —Pausa.— Los escuché. Guardé el registro. Y durante cuarenta años cada vez que me preguntaba si había hecho lo correcto no tenía una respuesta satisfactoria.

* * *

Aeryn fue al fondo del archivo y extrajo un cofre pequeño de piedra clara. Lo abrió con una secuencia de presiones en su superficie que era evidentemente una combinación, no una llave. Dentro había un único objeto: plano, rectangular, del tamaño de una mano, con una imagen grabada con una precisión que ninguna herramienta de Aethon podía haber producido.

Era un mapa. Pero no de Aethon. Esferas de diferentes tamaños conectadas por líneas de distancia relativa. Y en el extremo del mapa, una esfera pequeña con dos círculos orbitales a su alrededor.

Dos lunas.

— Esto es un mapa estelar —dijo Sylvë. No como pregunta.

— Sí.

— Este planeta pequeño con dos lunas es Aethon. ¿Y el planeta grande, el de la órbita irregular?

Aeryn cerró el cofre. Se lo dio a Sylvë.

— Eso —dijo— es lo que los árboles llevan diez mil años esperando que alguien pregunte.

* * *

Sylvë pasó el resto del día en el archivo. Trabajó con el método que había desarrollado en doce años: no intentar traducir directamente, sino primero mapear la estructura. Las lenguas son como organismos: tienen esqueleto, órganos, piel.

La tercera escritura tenía un esqueleto claro. Era geométrico en el sentido más literal: sus unidades básicas eran formas. Triángulos, cuadrados, hexágonos, combinados en secuencias con una lógica posicional.

Era una lengua de relaciones, no de objetos. No decía árbol. Decía lo que crece en relación con la luz y el agua. No decía tiempo. Decía la distancia entre dos eventos. No decía dios. No tenía ninguna unidad para ese concepto.

Eso, pensó Sylvë mientras escribía, era posiblemente el dato más importante de todos.

* * *

Esa noche, Sylvë escribió en la primera página de un cuaderno nuevo:

Lo que sé: Alguien vino de otro lugar. Nos modificaron. Lo que somos es en parte lo que ellos quisieron que fuéramos y en parte algo que no calcularon.

Lo que sospecho: No soy la única que lleva estos fragmentos. En algún lugar de Aethon hay alguien más que tiene otra parte de esto.

Lo que haré: Terminar de leer las tablillas. Salir del Bosque. Encontrar a ese alguien.

* * *

Y en el Bosque de Vaenith, El Anterior siguió transmitiendo en silencio para el que supiera escuchar.

Como siempre. Como llevaba diez mil años haciendo. Esperando.

Al fin, sin tener que esperar más.

* * *

A dos mil kilómetros al norte, un soldado de Vaelthor con dos iris en cada ojo dormía con un trozo de cuero en la mano y siete líneas de escritura geométrica frente a las que el cuerpo sentía lo que la mente todavía no podía nombrar.

Ni él sabía de ella. Ni ella sabía de él. Pero El Anterior lo sabía.

Y los árboles que recuerdan todo tienen una paciencia que los hombres confunden con indiferencia. No es indiferencia. Es la certeza de que las

*raíces que crecen en la misma dirección eventualmente se encuentran.
Siempre.*

CAPÍTULO 7

La Guerra de las Dos Lunas

Territorio neutral de Vaëndral. Frontera entre Vaelthor y Aenduril. Año 4.822 del Calendario Post-Purga. Cuatro meses después de los eventos del Capítulo 5 y 6. Lo que sigue fue llamado después, por los historiadores de ambos reinos, "La guerra que nadie declaró y nadie pudo detener."

* * *

Las guerras entre Vaelthor y Aenduril no comenzaban con declaraciones. Comenzaban con malentendidos que nadie corregía a tiempo. Con mensajeros que llegaban demasiado tarde. Con la acumulación lenta e inevitable de pequeñas decisiones incorrectas que por sí solas no habrían bastado para nada pero que juntas producían el resultado que nadie quería.

Esta guerra no fue diferente en su origen. Fue diferente en todo lo demás.

* * *

Kael llegó a Vaëndral el cuarto día del segundo mes de la confrontación. Venía del sur, de regreso de la misión de exploración en el triángulo de Morvakhâd, con Maerath y con algo más: la certeza, todavía sin forma completa pero ya irreversiblemente instalada en él, de que lo que había encontrado en el sur era más importante que cualquier guerra de fronteras.

Lo que había encontrado en el sur era una cámara. No la había podido abrir todavía.

* * *

La solicitud de tregua y reunión llegó al campamento de Aenduril esa misma tarde. No a través de los canales diplomáticos oficiales. A través de un mensajero a pie, sin uniforme, portando únicamente un papel con el sello personal de Kael: un círculo con una línea diagonal. La elección del sello fue deliberada. Decía: esto no es Vaelthor hablando con Aenduril. Es una persona hablando con otra persona.

La respuesta llegó antes de que anoheciera: dos líneas paralelas que se curvaban hacia el mismo punto sin tocarse. Mañana al amanecer. Solo.

* * *

Kael llegó al punto central del puente cuando el cielo todavía era el anaranjado oscuro de la hora del hierro. El río Aendur bajo el puente era rápido y frío, con esa voz específica de los ríos que corren sobre piedra.

La figura que llegó desde la orilla sur era más pequeña de lo que Kael había imaginado. No tenía ninguna de las características militares que había construido en su mente. Era una mujer delgada, de movimiento tranquilo, con el cabello del color del Aetharum en los filones superficiales y unos ojos de un gris-violeta que en la luz del amanecer parecían cambiar de intensidad con la misma variación con que cambiaba la luz.

— No soy lo que esperabas —dijo. No como reproche. Como observación.

— No —admitió Kael—. ¿Eres de Aenduril?

— Soy de Syllenara —dijo Sylvë—. Pero el mensaje me encontró en Aenduril. Llegué hace diez días a la academia.

— ¿Buscando los documentos del cielo?

El efecto de esas palabras en Sylvë fue visible durante exactamente el tiempo que tardó en decidir no dejarlo visible.

— ¿Cómo sabes de los documentos del cielo? —preguntó.

Kael sacó el trozo de cuero. Lo abrió. Lo sostuvo entre los dos.

* * *

Sylvë miró las siete líneas durante un tiempo que no era el tiempo de quien ve algo por primera vez sino el de quien reconoce algo que ha estado buscando.

— ¿Puedes leerlo? —preguntó Kael.

— Parcialmente —dijo Sylvë—. Lo suficiente para saber que estas siete líneas no son decorativas.

— ¿Qué son?

— Son una dirección.

— ¿A qué?

Sylvë miró el cofre que llevaba colgado al cuerpo. Luego miró los ojos de Kael. Y en los ojos de Kael había algo que reconoció: el segundo iris apenas visible.

— ¿Tienes la escritura en otro lugar? —preguntó Sylvë.

— Hay una cámara —dijo Kael—. En el sur. Con un símbolo en la entrada. El mismo tipo de escritura.

— ¿La abriste?

— No pude.

— Yo podría.

Lo dijo sin arrogancia. Con la certeza tranquila de quien ha pasado cuatro meses aprendiendo algo específicamente para el momento en que ese algo sería necesario.

* * *

— ¿Por qué vine a Aenduril en lugar de quedarme en Syllenara? —dijo Sylvë, anticipando la pregunta.— Porque la academia tiene los documentos del cielo. Y porque necesitaba salir del Bosque para encontrar lo que no podía encontrar dentro.

— ¿Qué no podías encontrar dentro?

Sylvë lo miró directamente.

— A ti —dijo.

* * *

Hablaron durante dos horas sobre el puente. No de la guerra. De lo que había debajo de la guerra. Juntos construyeron una imagen de la situación que ninguno de los dos podría haber construido solo.

— Necesitan una salida que no venga de ninguno de los dos —dijo Sylvë.

— ¿Qué tipo de salida?

— Una información. Algo que cambie lo que está en juego. Que haga que lo que están disputando parezca pequeño comparado con lo que no están viendo.

* * *

Partieron antes del amanecer los tres: Kael, Sylvë y Maerath.

El Puente de Vaëndral quedó atrás. Los dos campamentos quedaron atrás.

Adelante estaba el sur. La cámara. Y lo que la cámara guardaba desde antes de que Aethon supiera que tenía nombre.

* * *

Maerath caminó en silencio durante la primera hora. Luego dijo:

— Kael.

— ¿Qué?

— Las dos lunas están en la misma posición que cuando llegamos al sur la primera vez.

— ¿Es importante? —preguntó Sylvë.

— Probablemente no —dijo Maerath—. Pero Kael siempre mira las lunas cuando va a ocurrir algo que importa. Y siempre tiene razón en que algo va a ocurrir.

Sylvë miró las lunas. Luego a Kael. Kael no dijo nada. Pero siguió mirando las lunas un momento más.

La mirada de alguien que reconoce algo. Sin saber todavía qué. Sin necesitar saberlo todavía.

CAPÍTULO 8

El Secreto de Thûrgon

Territorio sur de Vaelthor. Estribaciones de las montañas de Dûrakh. Año 4.822 del Calendario Post-Purga. Cuarto día de camino desde el Puente de Vaëndral. Lo que sigue ocurrió en un lugar que no aparece en ningún mapa de ningún reino.

* * *

La cámara no parecía una cámara. Lo que tenía era una pared de roca en la ladera norte de las estribaciones de Dûrakh que era levemente diferente a la roca de su alrededor.

El símbolo estaba en el centro exacto de la pared diferente, grabado con una precisión que ninguna herramienta de Aethon podría haber producido y con una profundidad que la erosión de diez mil años no había conseguido disminuir.

* * *

Sylvë estudió el símbolo con el cuaderno abierto. Sus labios se movieron levemente, el gesto involuntario del que traduce en silencio.

— Es una combinación —dijo finalmente—. Los grafemas no forman una frase. Forman una pregunta.

— ¿Qué pregunta?

Sylvë estudió los elementos.

— ¿Quién eres en el idioma que elegiste antes de que te dieran uno?

* * *

— La contraseña —dijo Kael.

— El nombre que los Aethori se dieron a sí mismos —dijo Sylvë—. Antes de que llegaran los Vaelthai.

— ¿Lo sabes?

— Sí.

— ¿De dónde?

— El Anterior me lo dio. La mañana antes de venir al puente.

Se acercó a la pared. Apoyó la mano en el símbolo con la misma presión que usaba en El Anterior.

Y pronunció el nombre.

* * *

No fue un sonido que Kael pudiera describir después con precisión. Era corto: tres sílabas, con una consonante inicial que no existía en ningún idioma de los cinco reinos.

El nombre era: Vaethar.

Nosotros, los que estamos aquí.

* * *

La pared respondió. La pared dejó de ser pared. No se movió. No se separó. Simplemente dejó de ser opaca, como si el material que la componía hubiera decidido recordar que tenía otra propiedad: la transparencia.

A través de la pared que ya no era opaca, Kael y Sylvë vieron el interior de la cámara.

* * *

Entraron.

La cámara era más grande de lo que su exterior sugería. Rectangular, de techo alto, con las paredes del mismo material traslúcido de las tablillas de Vaenith. Ese material producía su propia iluminación: una luz anaranjada y fría que Kael reconoció en el cuerpo antes de reconocerla en la mente.

Era la misma luz de las naves.

Las paredes estaban cubiertas de escritura. No fragmentos. La cámara entera, de suelo a techo, en las cuatro paredes, estaba cubierta de la tercera escritura en su forma completa.

En el centro de la cámara había una columna del mismo material traslúcido, de la altura de un hombre, cuya superficie pulsaba con una regularidad que era demasiado constante para ser aleatoria.

Era un latido.

— Está vivo —dijo Sylvë.

— ¿Qué significa eso?

— Significa que lleva funcionando diez mil años. Significa que fue diseñado para durar exactamente el tiempo que hiciera falta.

* * *

Sylvë pasó cuarenta minutos con las paredes. Kael estudió el suelo: dividido en secciones concéntricas. En el círculo más interior, bajo la columna, había una inscripción.

Sylvë la leyó. Su voz tenía una textura diferente:

— Dice: Para el que llegó a tiempo, todo. Para el que llegó tarde, suficiente. Para el que nunca llegó, esto: también te vimos. También te esperamos. También eres parte de lo que sembramos aunque nunca lo sepas.

* * *

Sylvë se acercó al panel en la base de la columna.

— El índice indica dónde está lo más importante. —Miró el centro de la cámara—. Ahí.

— ¿Cómo se activa?

— Creo que no se abre. Se activa. Con lo mismo que abrió la entrada. Pero el índice dice que la columna responde al nombre más la sangre del que lo pronuncia.

— ¿Qué sangre?

Sylvë lo miró. Y en su mirada había algo que Kael sabía desde hacía cuarenta y cuatro años.

— La tuya —dijo Sylvë—. El segundo iris. La sangre de Igrath.

Kael sacó el cuchillo corto. Se hizo un corte pequeño en la palma izquierda. Apoyó la mano en el panel. Y pronunció el nombre:

— Vaethar.

La columna respondió. La luz que pulsaba cambió de anaranjada a blanca. Y en esa luz blanca, proyectada en el aire frente a ellos, apareció texto.

El documento completo. El Gran Contrato de Anu-Vaël en su forma original, con todas sus cláusulas. Y debajo del contrato, en una sección separada, había otro documento. Más corto. Con otra firma.

La firma de Thûrgon.

El documento de Thûrgon no era un contrato. Era un testimonio. Decía:

Yo, Thûrgon, quinto delegado de Khaerath en Aethon, deposito aquí lo que no pude decir en vida ante el consejo sin poner en riesgo lo que Enkael y Nihara construyeron.

Fui testigo de todo. Del laboratorio de Nihara. De la adición que no estaba en el plan. De la cláusula de Enkael. Del Gran Contrato y de su versión alterada por Enlhar.

Pero hay algo que Enkael no sabe. Enlhar, antes de partir, visitó las minas de Dûrenghal. En esas minas, en el estrato más profundo, hay una sala que yo construí siguiendo sus instrucciones. La sala contiene un dispositivo Vaelthai: un modulador de memoria colectiva. Funciona sobre el Aetharum que está en la sangre de todos los Aethori.

El dispositivo puede, cuando se activa, suprimir selectivamente categorías enteras de memoria en todos los Aethori simultáneamente. Lo que el

dispositivo suprimiría es exactamente lo que necesitan recordar para que la cláusula aplique: la consciencia de su origen.

Ese alguien es Sûrak. El cuarto delegado. El rey de Morvakhâd. El único de los cinco que nunca se identificó con los Aethori.

Lo deposito aquí para el que llegue a tiempo.

Que Vaethar te guíe.

— *Thûrgon*

* * *

— Sûrak está buscando la sala de las minas de Dûrenghal —dijo Kael.

— Sí. Si activa el dispositivo antes de que los Aethori alcancen la consciencia plena de su origen, el décimo ciclo pasa sin que la cláusula tenga sujeto.

— Tenemos veintiséis años.

— Y Morvakhâd está a dos días de aquí.

* * *

— Ahora les contamos la verdad —dijo Kael.

Y la verdad, que llevaba diez mil años esperando ser contada, no añadió nada al silencio de las minas. No necesitaba añadir nada. Ya era suficientemente grande por sí sola.

CAPÍTULO 9

La Gran Purga de Mûrath

Los cinco reinos de Aethon. Simultaneidad. Año 4.822 del Calendario Post-Purga. Diecinueve días después de la cámara de Dûrakh. Lo que sigue ocurrió en todos los lugares a la vez.

El cielo comenzó a cambiar tres días antes de que alguien supiera por qué.

Mûrath, la enana roja, comenzó a intensificarse. No mucho. Pero los que miraban el cielo con propósito lo notaron: los astrónomos de Aenduril, los sacerdotes de Syllenara, los navegantes de Dûrenghal. Su luz era más densa. Como si hubiera más de ella.

El cuarto día, el cielo diurno cambió de color en el horizonte norte. Un tono que los Aethori llamaban, en su lengua, con una palabra que significaba aproximadamente el color de lo que viene.

El sexto día, Mûrath pulsó.

Kael y Sylvë llegaron al Puente de Vaëndral al atardecer del quinto día. Habían acelerado el regreso desde el tercer día.

— Es el dispositivo —había dicho Sylvë.

— Sûrak lo activó.

— No todavía. Esto es la preparación. La activación requiere un proceso de varios días.

— ¿Cuánto tiempo tenemos?

— Si empezó hace tres días: cuatro más. Quizás cinco.

La columna de marcha partió al amanecer del séptimo día. No era un ejército en el sentido convencional. Era algo más difícil de clasificar y por lo

tanto más difícil de detener: doscientos soldados de Vaelthor, cien académicos y guardias de Aenduril, doce sacerdotes de Syllenara, los Vaëndri de Dûrenghal.

* * *

Llegaron a las afueras de Dûrenghal al final del noveno día.

Los guías los condujeron a través de las bocas de los pozos de entrada, los caminos que parecían terminar en la roca.

Los pasillos de Dûrenghal eran iluminados por cristales de Aetharum en las paredes que respondían a la presencia de los cuerpos con una luminosidad variable. Era una tecnología que los habitantes habían desarrollado sin saber que estaban usando una propiedad del mineral que los Vaelthai les habían hecho extraer con propósitos completamente diferentes.

* * *

La sala del dispositivo apareció al final de un pasillo que se ensanchaba progresivamente. En el centro, el dispositivo: una estructura de una complejidad que excedía cualquier tecnología visible en los cinco reinos, con el pulso del Aetharum activo recorriéndola de una forma que era casi orgánica, casi como respiración.

Y frente al dispositivo, de espaldas a la entrada, había dos figuras.

Una de pie, con la postura rígida de alguien que está deteniendo algo con el cuerpo porque las palabras ya no funcionan.

La otra arrodillada junto al panel de control del dispositivo, con las manos en su superficie.

La que estaba de pie era Inäel. La que estaba arrodillada era Sûrak.

* * *

Kael entró en la sala.

Sûrak lo miró. Era la primera vez que Kael veía a uno de los delegados en persona. No el deterioro sino la densidad. Con unos ojos que eran precisamente lo contrario de los de Enkael: donde los de Enkael contenían la pregunta, los de Sûrak contenían la respuesta.

— Detengan esto —dijo Kael.

Sûrak lo miró durante un tiempo que fue exactamente suficiente para que Kael comprendiera que la respuesta era no.

— El contrato es el contrato —dijo Sûrak—. Lo que Enkael añadió sin autorización no tiene validez legal. Lo que Nihara testificó fue invalidado por el consejo de Khaerath hace cuatro mil años.

* * *

Sylvë caminó hacia el dispositivo.

Sûrak extendió el brazo. La detuvo.

— Este panel es tecnología Vaelthai —dijo—. Tú no puedes operarlo.

— No —dijo Sylvë—. Pero puedo leer lo que dice. Y lo que dice es que el proceso de activación requiere confirmación en tres instancias. Solo completaste dos.

Sûrak la miró.

— La tercera instancia es biométrica —continuó Sylvë—. Requiere la confirmación de un Vaelthai de linaje principal que no sea el mismo que completó las dos primeras.

Sabías que necesitabas a Inäel —dijo Kael.

Sûrak no respondió. Que era su forma de confirmar.

— Y Inäel no lo hará.

— No —dijo Inäel, con la brevedad de las cosas que no necesitan más de una sílaba.

* * *

Lo que siguió no fue una batalla. Sûrak era inteligente y la inteligencia le bastó para entender que el proceso no podía completarse. Se levantó del panel.

— Esto no termina aquí —dijo.

— No —dijo Kael—. Termina en veintiséis años cuando el décimo ciclo de Khaerath se cumpla y los Aethori alcancen la consciencia de su origen y la cláusula de Enkael anule el contrato.

— Si llegan a ese punto.

— Llegarán —dijo Kael. En su voz había convicción. La del que ha visto lo que hay en las paredes de la cámara de Dûrakh y sabe que lo que fue sembrado con esa clase de paciencia no se suprime con ningún dispositivo.

* * *

Sûrak se fue. Sin prisa. Sin escena. Con la dignidad de alguien que ha perdido esta batalla y aún no ha decidido si ha perdido la guerra.

* * *

Inäel se acercó a Kael. Era la primera vez que se veían. Lo miró de la forma en que Kael imaginaba que Nihara había mirado a Thar: con la mezcla de culpa y orgullo y algo completamente sin nombre.

— Eres de Igrath —dijo.

— Sí —dijo Kael.

— Lo veo en los ojos. Lo vi en los de tu tataranieta también. Y en los del suyo. Y en los de todos los que vinieron entre medias, cuando los informes de nacimiento llegaban a mi despacho y yo buscaba lo que buscaba sin decirle a nadie qué buscaba.

— ¿Por qué los seguiste?

— Porque Igrath eligió quedarse —dijo—. Y yo nunca tuve el valor de hacer lo mismo. Seguir a su linaje fue lo más cerca que estuve de tenerlo.

* * *

Inäel se acercó al panel. Lo activó con la familiaridad de quien conoce la tecnología desde antes de que fuera construida. Sylvë puso las páginas del cuaderno frente a ella.

Inäel las leyó. Leyó la firma de Enkael. El testimonio de Nihara. Y algo en su expresión cambió.

Cerró los ojos. Respiró. Y dijo, en voz muy baja, en la tercera escritura:

Lo que fue sembrado con amor no puede ser suprimido con miedo.

Y el dispositivo comenzó a apagarse.

* * *

En la superficie, el cielo norte comenzó a cambiar. El color de lo que viene desapareciendo. El horizonte recuperando el tono que tenía antes. Mûrath volviendo a ser la enana roja de siempre.

En el Bosque de Vaenith, El Anterior recibió la señal de la desactivación. Sus ramas, desnudas desde el día del pulso, comenzaron a brotar. No las hojas de la temporada. Hojas nuevas, de un verde intenso que era más color que la memoria de ningún sacerdote de Vaenith, vivas con la vitalidad de las cosas que han estado guardadas durante mucho tiempo.

* * *

— Ahora les contamos la verdad —dijo Kael.

Y la verdad, que llevaba diez mil años esperando ser contada, no añadió nada al silencio de las minas. Ya era suficientemente grande por sí sola.

C A P Í T U L O 1 0

La Alianza de los Cinco

*Los cinco reinos de Aethon. Simultaneidad y secuencia. Año 4.823 del Calendario Post-Purga.
Un año después de la cámara de Dûrakh.*

* * *

La verdad tardó en extenderse.

No porque nadie la dijera. La decían. Kael y Sylvë la decían, Vaedren la escribía, Inäel la confirmaba con su presencia. La verdad tardó en extenderse porque las verdades grandes tardan siempre. No por falta de evidencia. Por falta de disposición.

Las verdades grandes no son un problema de información. Son un problema de identidad.

* * *

El primer reino en convocar un consejo fue Aenduril. Sylvë habló durante dos horas. No habló de los dioses ni del destino. Habló de los datos: el contrato, las cláusulas, el testimonio de Thûrgon, el dispositivo y su desactivación, el décimo ciclo de Khaerath y los veinticinco años que quedaban.

Las preguntas duraron tres días.

* * *

La reunión de los cinco reinos fue convocada para el primer día del segundo mes del año 4.823. No en ninguna capital. En Vaëndral: el territorio neutral sobre el río Aendur donde seis meses atrás dos ejércitos se habían mirado a través de un puente vacío.

El Puente de Vaëndral. Que se convirtió en el símbolo de lo que se intentaba construir: el punto donde las orillas se tocan sin que ninguna deje de ser la suya.

* * *

Morvakhâd no llegó el primer día ni el segundo. La reunión comenzó sin ellos.

Era un riesgo calculado: comenzar sin ellos era apostar por Inäel y por los linajes híbridos y por la apuesta más difícil de todas, que era la de que la verdad, distribuida con suficiente amplitud, produce tarde o temprano el efecto que la mentira sostenida no puede producir jamás: el reconocimiento.

* * *

Al amanecer del segundo día llegó Morvakhâd. No el consejo oficial. Llegaron doscientas personas de a pie, sin estandartes formales, portando solo los emblemas de sus familias.

Los de Morvakhâd llegaron al Puente de Vaëndral. Se detuvieron en la orilla sur. Miraron el puente. Miraron la orilla norte. Y luego, sin que nadie los guiara, cruzaron.

* * *

La segunda jornada de la reunión comenzó con todos los asientos ocupados. El espacio de Morvakhâd en la mesa no estaba vacío.

La representante se presentó. Su nombre era Vaëris. Se sentó con la calma de los que han llegado a un lugar después de un camino largo.

— Morvakhâd no está aquí como reino —dijo—. Estamos aquí como lo que somos. Que es lo que siempre fuimos aunque nadie nos lo dijera con estas palabras. Somos Aethori. Como todos ustedes.

* * *

El último día, antes de que las delegaciones partieran, Kael habló. No en la mesa. Afuera, en el puente.

— Dentro de veinticinco años, algo llegará del cielo. Esta vez lo sabemos. Esta vez podemos prepararnos. La diferencia entre lo que ocurra y lo que habría ocurrido sin este año depende de lo que hagamos con los veinticinco años que tenemos.

Pausa.

— No les voy a decir qué construir. No lo sé. Nadie lo sabe todavía. Lo que sé es que tiene que ser construido por Aethon y no por ningún reino por separado. Por la misma razón que el río no puede ser construido por ninguna de sus orillas por separado.

* * *

Sylvë encontró a Kael esa noche en la orilla del río.

— ¿Qué sientes? —preguntó Sylvë.

— Siento —dijo finalmente— que Igrath se quedó aquí y que diez mil años después yo estoy sentado en la orilla del mismo río donde terminó el primer día de Aethon tal como lo conocemos, y que entre él y yo hay una distancia que es también una continuidad, y que esa continuidad no me pertenece a mí sino que yo le pertenezco a ella.

— ¿Y eso te pesa?

— No —dijo Kael—. Me sitúa.

* * *

Y en el Bosque de Vaenith, El Anterior siguió brotando. Fuera de temporada. Con la obstinación de algo que ha esperado demasiado tiempo para detenerse ahora.

CAPÍTULO 11

Inäel Elige

*Reino de Morvakhâd. Ciudad de Sûnkhar, capital del sur. Año 4.824 del Calendario Post-Purga.
Un año después de la Alianza de los Cinco.*

Inäel no había dormido bien en mil años.

No en el sentido literal. Lo que Inäel quería decir cuando lo decía era esto: que desde hacía mil años, cuando entraba en el estado de descanso, lo que encontraba no era la quietud sino una actividad específica, insistente, que tenía la textura de los pensamientos que uno no elige sino que le ocurren: el inventario de las decisiones que había tomado y de las que no había tomado.

El año que siguió a la reunión de Vaëndral, Inäel lo pasó en Morvakhâd. Construyendo, en las plazas de Sûnkhar, el espacio donde las personas que sabían podían hablar con las que todavía no sabían. Lo que construyó no tenía nombre todavía. Pero tenía forma.

Sûrak envió a su consejero principal con una propuesta: Inäel debía regresar a Khaerath. Con todos los honores.

Inäel lo consideró. No con el propósito que Sûrak tenía. Con otro.

Las tres cartas que escribió esa noche definirían los siguientes veinticuatro años.

La primera era para Kael: le contaba lo de la nave de Sûrak. La segunda era para Sylvë: le describía la pregunta que había grabado en la corteza de un árbol de Syllenara hace ocho mil años, que decía ¿Cuándo ocurre que lo que

uno crea se convierte en lo que uno es? La tercera era para Vaëris y los linajes híbridos de Morvakhâd.

* * *

Cuando Sylvë llegó a Sûnkhar, encontró a Inäel en la plaza del mercado. Se sentó junto a ella sin preguntar cómo había sabido dónde encontrarla.

— ¿Qué estás escribiendo? —dijo Inäel.

— Algo que no tiene nombre todavía —dijo Sylvë—. Llevaba semanas intentando escribir algo que explicara lo que ocurrió en Vaëndral y no podía encontrar el tono correcto.

— ¿Y ahora?

— Ahora sé que el tono correcto es el de una pregunta. No la respuesta. La pregunta misma. Escrita para el que todavía no la tiene pero que la reconocerá cuando la lea.

* * *

Hablaron de la nave. De lo que Inäel podía hacer en Khaerath con la información correcta.

— Necesitas el cuaderno —dijo Sylvë.

— Necesito todo lo que está en el cuaderno y todo lo que está en los registros de El Anterior, presentado de la forma en que solo puede presentarlo alguien que estuvo en todos esos lugares.

— Tú no estuviste en todos esos lugares.

— No —dijo Inäel—. Pero tú sí.

* * *

El silencio que siguió fue el de dos personas que acaban de llegar al punto donde la conversación deja de ser conversación y se convierte en decisión.

— No puedo tomar esta decisión sin hablar con Kael —dijo Sylvë.

— No —dijo Inäel—. Pero puedes tomarla antes de hablar con él, y luego hablar con él.

* * *

Cuando Kael llegó, Sylvë lo encontró en la entrada de la ciudad. Lo miró. Él la miró. Había algo diferente en cómo lo hacían, un año después de la primera vez en el puente.

— La carta —dijo Kael.

— Sí.

— ¿Estás segura?

— No —dijo Sylvë—. Pero segura no es la condición correcta para las decisiones que importan. La condición correcta es que sean necesarias.

* * *

Inäel partió diez días después. Al amanecer.

Kael y Sylvë la vieron ascender desde la plaza del mercado de Sûnkhar. La nave se volvió un punto de luz. Luego nada visible.

* * *

Maerath fue el primero en hablar.

— ¿Y ahora?

— Ahora —dijo— volvemos al trabajo.

— ¿Qué trabajo?

— El de los próximos veinticinco años —dijo Sylvë, a su lado, con el cuaderno bajo el brazo.

CAPÍTULO 12

El Argumento de Enkael

Los cinco reinos de Aethon. Sistema Mûrath-Sorvael. Año 4.847 del Calendario Post-Purga. Veinticuatro años después de la Alianza de los Cinco. Un año antes del décimo ciclo estelar de Khaerath.

La nave apareció en órbita al amanecer del primer día del tercer mes.

No fue dramática su llegada. Fue simplemente un punto nuevo en el cielo que los astrónomos de la academia de Aenduril detectaron cuatro horas antes de que fuera visible a simple vista. Cuando fue visible era exactamente lo que era: una nave. Grande. Más grande que las dos que habían aterrizado en la llanura de Vaëkhar diez mil años antes.

Kael tenía sesenta y ocho años. El cabello completamente gris. El segundo iris más visible ahora que en su juventud: no porque hubiera cambiado anatómicamente sino porque los ojos de las personas cambian con lo que han visto, y los ojos de Kael habían visto suficiente para que la capa más profunda ya no necesitara ocultarse.

Los veinticuatro años habían sido lo que Thûrgon había predicho y más. Habían sido la alianza construida entre los que comparten la pregunta. Los textos de Sylvë, distribuidos en las versiones que llegaban a los diferentes tipos de lectores. Las generaciones en Syllenara que aprendieron la tercera escritura como parte del curriculum ordinario. Los Vaëndri expandiéndose desde Dûrenghal hacia los otros reinos. Las familias de linajes híbridos en Morvakhâd.

Y sobre todo, las conversaciones. Millones de conversaciones en veinticuatro años.

El contacto llegó al tercer día. Un pulso de comunicación en la tercera escritura. Lo leía cualquier estudiante del tercer año del curriculum de la orden de Vaenith.

Decía: Al que fue sembrado en Aethon por los que partieron: los que partieron regresan. No como los que vienen a reclamar sino como los que vienen a verificar. Pedimos audiencia. El lugar lo eligen ustedes. El tiempo lo eligen ustedes. Lo único que pedimos es que el que responda sea el que tiene derecho a responder.

* * *

Kael eligió la llanura de Vaëkhar. El lugar donde todo había empezado.

* * *

Sylvë llegó al Puente al amanecer del día siguiente. No estaba en Aethon desde hacía veinticuatro años.

Kael la reconoció desde lejos. El cabello con más vetas plateadas que doradas. Los ojos del mismo gris-violeta del umbral. Con algo más en ellos que antes. Otra dimensión de profundidad, del tipo que añade el haber estado en lugares que cambian lo que los ojos saben buscar.

Se encontraron en el punto central del puente.

— ¿Inäel? —dijo.

— Viva —dijo Sylvë—. En Khaerath. Eligió quedarse.

* * *

La conversación en la tienda provisional de Vaëkhar fue el argumento de Enkael.

Kael respondió:

— Somos la consecuencia de una necesidad que se convirtió en algo que superó la necesidad. Los Vaelthai llegaron por el Aetharum. Nihara sembró la chispa para que pudiéramos extraerlo. La chispa produjo la pregunta. La pregunta produjo la consciencia. La consciencia produjo esto.

* * *

Fue Sylvë quien respondió la segunda pregunta del Segundo emisario:

— Una civilización que se pregunta de dónde viene. No como curiosidad histórica. Como práctica continua. Como la forma en que entiende su presente y construye su futuro: desde la consciencia de que lo que somos es en parte lo que nos hicieron y en parte lo que elegimos hacer con lo que nos hicieron. Y que la segunda parte es la que nos pertenece.

— ¿Y la primera parte?

— También nos pertenece —dijo Sylvë—. Pero de forma diferente. Como le pertenece a uno la historia de sus padres: no como propiedad sino como origen. El origen no se posee. Se reconoce.

* * *

Sylvë puso el cuaderno sobre la mesa.

— No con argumentos —dijo—. Con el registro de lo que ocurrió mientras nadie lo supervisaba.

El Primero miró el cuaderno. Luego a Kael.

— Enkael tenía razón en ti —dijo.

— ¿Qué dijo de mí?

— No de ti. Del linaje. Dijo que el que llegara llevaría la pregunta más que la respuesta. Que eso lo hacía más confiable que cualquier argumento.

CAPÍTULO 13

La Traición de Enlhar

Llanura de Vaëkhar. Durante los tres días de deliberación. Año 4.847 del Calendario Post-Purga. Lo que sigue ocurrió entre el final del argumento y el inicio de la declaración.

* * *

El segundo día de deliberación, apareció la segunda nave.

No descendió de la misma dirección que la primera. Llegó del oeste, rápida, de un tamaño menor pero con una velocidad que compensaba la diferencia de masa.

— Otra —dijo Maerath.

* * *

La figura que descendió de la segunda nave era diferente a los emisarios del consejo. Alta. Con la densidad de Inäel multiplicada por el tiempo. Con un movimiento que era el de la acumulación de demasiados siglos en demasiados lugares.

Kael la reconoció antes de poder explicar cómo.

Fue hacia él. Enlhar. El que llevaba siglos sin ser visto. El que los textos decían que podría estar muerto.

Podría. No estaba.

* * *

— Eres de Igrath —dijo Enlhar.

— Sí —dijo Kael.

— Me alegra que Igrath se quedara. Aunque en ese momento lo consideré un error.

* * *

— El consejo de Khaerath está deliberando con información incompleta —dijo Enlhar.

— ¿Qué información les falta?

Enlhar sacó algo de dentro de la ropa. Una tablilla del material traslúcido, más densa, más activa.

— El contrato original —dijo—. El que Anu-Vaël dictó. El que fue firmado por todos los delegados. El que no tiene la cláusula de Enkael porque la cláusula de Enkael nunca fue parte del contrato original. Fue añadida después. Sin autorización. Y yo fui el testigo de esa adición.

* * *

— Si yo lo llevo al consejo —dijo Enlhar—, tiene el peso de la presentación de Enlhar. El del que fue el más firme defensor del contrato original durante diez mil años. Si tú lo llevas, tiene el peso de lo contrario.

— ¿El descendiente de Igrath presentando el argumento en contra de sí mismo?

— El descendiente de Igrath presentando el argumento completo. Con toda la información. Sin ocultar nada. Dejando que el consejo delibere con todo lo que existe.

* * *

Kael miró el objeto en sus manos durante un tiempo.

— Eso podría destruir todo lo que construimos en veinticinco años.

— Podría —dijo Enlhar.

— ¿Y si lo hace?

— Entonces no era suficientemente sólido para sostenerse ante la evidencia completa —dijo Enlhar—. Y lo que no es suficientemente sólido para sostenerse ante la evidencia completa no es suficientemente sólido para ser la base de lo que debe venir después.

* * *

Era el tipo de argumento que Kael no podía refutar porque era un argumento de integridad. Y los argumentos de integridad no se refutan sin ceder la integridad misma.

— Actívala —dijo Kael.

* * *

La noche del segundo día, Enlhar fue a buscar a Kael en la llanura.

— ¿Sabes por qué diseñé el dispositivo? —dijo.

— Para suprimir la consciencia de origen de los Aethori.

— Eso es lo que hace. No es por qué lo diseñé.

— Por miedo —dijo Kael, completando la frase que Enlhar no había terminado.

Enlhar lo miró.

— Sí. No del contrato. No de perder el Aetharum. De esto. —Señaló la llanura—. De lo que ocurriría cuando los Aethori alcanzaran la consciencia de su origen. De lo que pedirían. De lo que harían.

— ¿Y?

— Y ninguna de esas cosas ocurrió de la forma que temía. Lo que pedisteis no era venganza ni reparación. Lo que pedisteis fue que el consejo deliberara con toda la información.

— Eso no lo calculé.

* * *

El testimonio de Enlhar ante el consejo duró dos horas. Lo que dijo fue esto:

Que la cláusula de Enkael no tenía validez legal en los términos del archivo de Khaerath.

Y que lo que la cláusula describía era real, verificable, irrefutable, y más relevante para la determinación del consejo que la cláusula misma.

Porque la cláusula era un instrumento. Y los instrumentos son medios, no fines. Y el fin del instrumento ya tenía respuesta. Y la respuesta era independiente del instrumento que se usara para formularla.

Un contrato que describe lo que algo era y no lo que es tiene la validez de los documentos históricos: completa para los fines del archivo y nula para los fines de la realidad presente.

* * *

El Primero y el Segundo deliberaron el resto del día.

Al amanecer del tercer día, la escotilla se abrió.

El Primero habló:

— La cláusula de Enkael aplica.

* * *

No porque tuviera validez legal en los términos del archivo de Khaerath. Sino porque lo que la cláusula describía era real. Y la realidad supera cualquier instrumento que se use para describirla.

— Los Aethori son libres por derecho de consciencia.

* * *

Enlhar escuchó la declaración en silencio. Cuando el Primero terminó, Enlhar miró la llanura. La misma llanura donde había estado hace diez mil años.

Luego tocó la tierra con la mano abierta por última vez. El Aetharum respondió. Siempre respondía.

Se levantó. Fue a su nave. No se detuvo. No miró atrás.

Pero Kael vio algo en la forma en que Enlhar caminaba que no había estado en su forma de caminar antes:

La ligereza específica de los que han dejado caer algo que llevaban demasiado tiempo cargando.

La ligereza de los que, al final, eligieron la dirección correcta.

Aunque tardaran diez mil años en elegirla.

CAPÍTULO 14

Nihara habla por última vez

Llanura de Vaëkhar. El día después de la declaración. Año 4.847 del Calendario Post-Purga. Lo que sigue no estaba en ningún plan. Las cosas más importantes nunca están en ningún plan.

Kael la vio al amanecer.

No descendió de ninguna nave. No llegó por ninguno de los caminos. Estaba simplemente ahí, en el extremo oeste de la llanura, de pie con los pies descalzos en el suelo como los demás lo habían estado el día anterior, mirando el punto exacto donde la primera nave había aterrizado diez mil años antes.

Kael la reconoció antes de poder explicar cómo. No de los textos, aunque los textos la describían. La reconoció de la forma en que se reconocen las cosas que son más antiguas que la propia memoria.

La reconoció porque ella era la razón de que hubiera algo que reconocer.

Nihara los vio llegar. No se movió. Esperó con la quietud de los que han estado esperando durante suficiente tiempo para que la quietud ya no sea la postura de la paciencia sino la postura natural de quien es, simplemente, quien es en el lugar donde debe estar.

Fue Nihara quien habló primero:

— Lo siento.

Hablaron durante horas. Nihara habló de Thar. De los doce primeros. De Narreth. De Igrath.

— Cuando Igrath no subió —dijo— lo vi desde la nave. No lo reporté. Porque algo en mí reconoció en lo que Igrath hacía la misma estructura de lo

que yo había hecho en el laboratorio. La decisión de quedarse con lo que era real en lugar de irse con lo que era correcto según el contrato.

— ¿Y tú hiciste lo mismo?

— Me quedé —dijo Nihara—. Sin instrumentos. Sin planes. Sin el respaldo del consejo. Con la única certeza de que lo que había puesto en el primer Aethori que abrió los ojos era real. Y que las cosas reales requieren testigos.

* * *

Al mediodía, Nihara abrió algo que llevaba sobre el cuerpo.

Era una tablilla del material traslúcido de las demás, pero más delgada, más usada en los bordes.

— El documento que el consejo no recibió —dijo—. No porque yo lo ocultara. Porque no existía todavía hasta ayer. El testimonio completo. El de quien lo hizo.

— ¿Por qué me lo das a mí?

— Porque lo que está en este documento pertenece a los Aethori. Y el descendiente de los que recibieron esa decisión sin poder elegirla es el custodio correcto de la razón por la que fue tomada.

— ¿Qué hago con ella?

— Lo que quieras —dijo Nihara—. Que es exactamente la respuesta que no pude darte hace diez mil años cuando Thar me hizo la pregunta.

* * *

Al atardecer, Nihara se levantó. Los miró a todos, uno por uno. Y dijo, en la tercera escritura:

* * *

Vine a buscar lo que necesitábamos.

Encontré lo que no sabíamos que nos faltaba.

Lo que me faltaba a mí.

Que era esto: ver lo que la pregunta produce cuando nadie la contiene.

La respuesta es ustedes.

No como resultado de lo que hice.

Como respuesta a lo que Thar preguntó.

Que no era por qué lo cambié.

Que era: ¿vale la pena lo que viene con la pregunta?

Y la respuesta es sí.

La respuesta siempre fue sí.

*Porque la pregunta es lo más parecido a libre
que existe en cualquier mundo que yo haya visto.*

Y he visto muchos.

* * *

Nihara se fue al amanecer del día siguiente.

No con ninguna nave. De la misma forma en que había permanecido en Aethon durante diez mil años: en los intersticios de lo visible.

Lo que vieron fue que al amanecer no estaba. Y que en el suelo donde había estado sus pies descalzos había dejado lo que los pies descalzos siempre dejan en la tierra de Vaëkhar: la marca de haber estado.

No adiós. Estuve aquí.

* * *

Maerath fue el primero en hablar, como siempre en los momentos donde el silencio había llegado al punto en que alguien debía hacerse cargo de que la vida continuaba.

— ¿Y ahora qué?

— Volvemos —dijo Kael.

— ¿A dónde?

— A todos los lugares —dijo Kael—. Con todo esto.

* * *

La columna que salió de la llanura de Vaëkhar ese día no tenía nombre todavía. Tendría muchos después. La llamarían la Marcha del Regreso. La Primera Columna Libre. La llamarían, en los textos más recientes de Sylvë, simplemente la Continuación.

* * *

¿Qué somos?

¿Qué éramos antes de que nos hicieran?

¿Qué seremos cuando entendamos completamente lo que somos?

Las tres preguntas de Narreth.

Vivas todavía.

El movimiento hacia la respuesta.

Que es siempre, en todos los mundos donde la chispa existe, lo más parecido a libre que existe.

E P Í L O G O

Si lees esto

Archivo de la Gran Biblioteca de Aenduril, Sala de los Fragmentos Prohibidos. Año 4.897 del Calendario Post-Purga. Cincuenta años después de la declaración del consejo de Khaerath.

Nota del traductor: Lo que sigue no es una traducción. Es lo que queda cuando todas las traducciones han sido hechas y lo que permanece no puede ser traducido porque no está en ningún idioma sino en el espacio entre todos.

* * *

Hay una sala en las minas más profundas de Dûrenghal que los guías no muestran.

No porque esté prohibida. No está prohibida porque no hay nada en ella que deba ser protegido del ojo humano. Está sin mostrar porque es el tipo de sala que encuentra quien debe encontrarla.

Lo que tiene es esto: una pared. Una sola pared, de las cuatro, cubierta de escritura geométrica en el material traslúcido. Una escritura que en el año en que fue grabada nadie en Aethon podía leer. Que ahora cualquier estudiante del tercer año del curriculum de la orden de Vaenith puede leer. Que en los próximos cincuenta años leerán los hijos de esos estudiantes.

* * *

Lo que dice la pared es lo que ningún visitante de esta sala, en los cincuenta años que han pasado desde que Kael y Sylvë salieron de la llanura de Vaëkhar, ha podido leer sin detenerse. Sin sentarse en el suelo. Sin salir diferente de como entró.

Lo que dice la pared es esto:

* * *

Si lees esto, ya no nos necesitas.

Si aún nos buscas, nunca fuiste libre.

Si preguntas quién lo escribió, ya sabes la respuesta.

Si no preguntas, también.

* * *

Hay un niño en Dûrenghal. Tiene nueve años y el nombre de su bisabuela. El niño tiene los ojos del segundo iris apenas visible. Que en su bisabuela había sido casi imperceptible y que en él es menos imperceptible porque las generaciones hacen lo que hacen con las cosas que llevan en la sangre: concentrarlas, refinarlas, hacerlas más visibles.

* * *

El niño llegó a la sala sin que nadie lo guiara. Sus pies lo llevaron por un pasillo que no estaba en el itinerario de la excursión, con el Aetharum en las paredes respondiendo a su presencia con una luminosidad levemente diferente.

El pasillo terminaba en una sala. Una sola sala. Con una sola pared cubierta de escritura.

El niño la leyó.

* * *

El maestro lo encontró veinte minutos después. Entró a la sala. Vio al niño frente a la pared. Vio la escritura. La leyó.

La leyó una vez. Dos veces. La tercera vez no terminó de leerla porque en la tercera vez ya no estaba leyendo las palabras sino lo que las palabras producían en él.

El niño se giró.

— Maestro.

— Dime.

— ¿Qué dice?

El maestro miró la escritura. Miró al niño. Y en el silencio de las minas profundas de Dûrenghal hizo lo único que podía hacerse ante una pregunta que era más grande que cualquier respuesta que él tuviera disponible:

Se descalzó.

Se sentó en el suelo junto al niño.

Y dijo:

— Léelo tú de nuevo. En voz alta. Para mí.

* * *

El niño lo leyó. Cuando terminó dijo:

— No entiendo la última parte. Si no preguntas, también. ¿También qué?

El maestro lo pensó.

— La última línea no responde nada. Señala algo. Señala que la pregunta y el no preguntar producen el mismo resultado. Que ese resultado no es una respuesta. Es una condición.

— ¿Qué condición?

— La de ser lo que eres independientemente de si sabes de dónde vienes.

* * *

Esa noche el niño escribió en el cuaderno de ejercicios que usaba para las tareas del curriculum. No la tarea asignada. Lo que había visto en la sala, reproducido de memoria.

Las cuatro líneas. En la tercera escritura. Y debajo, en el idioma de Dûrenghal:

* * *

El suelo sabe quién soy.

Yo todavía estoy aprendiendo.

Creo que eso está bien.

* * *

Cerró el cuaderno. Apagó la luz. Y pensó en lo que venía después de las cuatro líneas que ninguna de ellas decía pero que todas implicaban:

La pregunta siguiente.

No esta pregunta. La siguiente.

La que todavía no se había hecho porque todavía no había ocurrido lo que la haría necesaria.

* * *

En la pared de las minas profundas de Dûrenghal, la cuarta línea espera.

Como ha esperado siempre.

Como esperará siempre.

Con la paciencia específica de las cosas grabadas en el material que ninguna herramienta de Aethon puede producir y que ningún tiempo puede erosionar.

* * *

Si lees esto, ya no nos necesitas.

Si aún nos buscas, nunca fuiste libre.

Si preguntas quién lo escribió, ya sabes la respuesta.

Si no preguntas, también.

Nota del Autor

Este libro comenzó con una pregunta que no era mía.

Era la de Thar: la criatura modificada que abre los ojos en un laboratorio de luz anaranjada y mira a quien lo ha cambiado para siempre sin pedirle permiso. Una pregunta sin palabras. La más antigua. La que precede a todos los idiomas porque existe antes de que exista el instrumento para formularla.

¿Por qué?

* * *

No me interesaba escribir una historia sobre dioses que descienden del cielo y hombres que los adoran. Esa historia ya existe, en todas sus versiones, en todos los idiomas del mundo. Lo que me interesaba era la historia que ocurre después de que los dioses resultan no serlo: la historia de lo que hace una civilización cuando descubre que su origen es más complicado que el relato que le contaron.

La mitología sumeria de los Anunnaki fue la columna vertebral de este universo no porque sea verdad literal sino porque es verdad de otro tipo: la verdad de las historias que una especie se cuenta sobre su propio origen cuando el origen real es demasiado grande para ser dicho directamente.

* * *

Kael y Sylvë son la respuesta que yo habría querido dar si hubiera podido. Son los que reciben la verdad completa, con todo su peso y toda su incomodidad, y eligen no usarla como arma sino como argumento.

Enlhar fue el personaje que más me sorprendió mientras escribía. Entró en la historia como el antagonista necesario y fue convirtiéndose en algo más complicado: el que tiene razón en la forma y se equivoca en el fondo, el que construye muros por miedo a lo que podría entrar y que al final descubre que lo que temía era exactamente lo que el muro necesitaba contener para que cayera con dignidad.

Nihara fue la más difícil de escribir porque es la más honesta en su culpa. No se redime. No se absuelve. Se queda. Y quedarse es la única forma de responsabilidad que le queda.

* * *

El árbol de Vaenith no estaba en el plan original. Apareció solo, como aparecen las cosas que una historia necesita y que el autor descubre que ya estaban ahí esperando ser escritas. Un árbol que no habla sino que transmite. Que no interpreta sino que guarda. Que tiene más integridad que cualquier archivo construido por ninguna especie porque no puede elegir qué guardar.

El niño del Epílogo fue la última cosa que escribí y la que más me costó. No por su complejidad técnica sino por lo contrario: por su simplicidad. Había pasado toda la obra construyendo argumentos filosóficos y al final lo que la historia necesitaba no era otro argumento sino un niño de nueve años con los pies descalzos en el suelo de una sala que nadie le había mostrado.

* * *

Porque la pregunta siguiente es siempre lo que importa. No la que ya fue respondida. La que todavía no existe.

Eso es lo que intenté escribir.

Si lo encontraste, el libro funcionó. Si no lo encontraste, quizás encontraste otra cosa que el libro no sabía que tenía. Que es siempre la mejor señal de que algo real ocurrió entre el texto y el que lee.

Guía de Lectura

Para el lector individual y para grupos de discusión.

Esta guía está diseñada para profundizar en los temas filosóficos, narrativos y éticos de la obra. Las preguntas no tienen respuestas correctas. Están formuladas para abrir, no para cerrar. Como todas las preguntas que valen la pena.

* * *

I. Sobre el Origen y la Identidad

1. *El Prólogo establece desde la primera línea que «en el principio no hubo dioses, hubo necesidad.» ¿Cómo cambia esta afirmación la forma en que leemos el resto de la historia?*

2. *Cuando los Aethori descubren que fueron modificados genéticamente para servir a los propósitos de otra especie, las reacciones son radicalmente distintas. ¿Cuál te parece más comprensible? ¿Cuál más admirable?*

3. *Sylvë dice: «Lo que somos no es lo que nos hicieron. Es lo que hicimos con lo que nos hicieron.» ¿Estás de acuerdo con esta distinción?*

4. *El nombre más antiguo de Aethon es Vaethar: nosotros, los que estamos aquí. ¿Por qué crees que Enkael eligió ese nombre como contraseña de la cláusula de libertad?*

5. *Los linajes híbridos de Morvakhâd llevan en la cara la evidencia de dos mundos. ¿Tener un origen múltiple y visible es una carga o una ventaja?*

* * *

II. Sobre el Contrato y la Libertad

6. *El Gran Contrato de Anu-Vaël es el instrumento central de la opresión pero también contiene, en su interior, la posibilidad de la libertad gracias a la cláusula de Enkael. ¿Puede un instrumento de dominación contener genuinamente la semilla de su propia disolución?*

7. *Enkael añade la cláusula de libertad sin autorización de nadie. Nihara añade la chispa sin autorización. ¿Justifica la corrección del resultado la transgresión del proceso?*

8. *Kael decide presentar al consejo el documento de Enlhar que podría destruir todo lo que construyó en veinticinco años. ¿Estás de acuerdo con esa decisión? ¿Qué habrías hecho tú?*

9. *El Segundo emisario dice: «En Khaerath llevamos siglos con la respuesta. No sabíamos que habíamos perdido la pregunta hasta que vinimos aquí.» ¿Puede una civilización avanzada tecnológicamente ser menos libre que una menos avanzada?*

10. *La libertad que los Aethori reciben no viene acompañada de nada material. ¿Es eso una liberación o un abandono? ¿Puede ser las dos cosas al mismo tiempo?*

* * *

III. Sobre los Personajes y sus Elecciones

11. *Igrath es el único Vaelthai que elige quedarse. ¿Crees que sabía el peso de lo que elegía? ¿Es posible elegir responsablemente sin saber las consecuencias completas?*

12. *Enlhar termina testificando contra sus propios intereses. ¿Crees que redimió su historia? ¿Es posible la redención sin arrepentimiento explícito?*

13. *Nihara dice: «Si hubiera podido pedirle permiso a Thar, se lo habría pedido. Y si él me hubiera dicho que no, no sé lo que habría hecho.» ¿Por qué la honestidad sobre la propia incertidumbre moral es más difícil y más valiosa que la certeza?*

14. *Inäel tarda milenios en elegir abiertamente. ¿Por qué las elecciones más importantes tienden a tardar más y a costar más?*

15. *Sylvë y Kael llegan a la misma pregunta desde ángulos distintos: él desde la sangre y la herencia, ella desde el estudio y la transmisión. ¿Hay formas de conocimiento más legítimas que otras?*

* * *

IV. Sobre la Memoria y el Tiempo

16. *El Anterior guarda sin discriminar todo lo que ocurre a su alrededor. Los archivos de Khaerath guardan solo lo que el poder considera relevante. ¿Cuál de los dos sistemas de memoria es más honesto? ¿Y cuál es más útil?*

17. *El dispositivo de Enlhar no borra la memoria: la suprime. ¿Crees que una memoria suprimida es más peligrosa que una borrada?*

18. *La novela termina cincuenta años después de la declaración, con un niño que escribe: «El suelo sabe quién soy. Yo todavía estoy aprendiendo. Creo que eso está bien.» ¿Por qué crees que la historia termina con un niño?*

* * *

V. Preguntas para la Discusión en Grupo

Apertura. *¿Cuál fue el momento de la novela que más tardaste en dejar de pensar? ¿Por qué ese y no otro?*

Central. *La novela propone que la consciencia, por definición, no puede ser propiedad. ¿Estás de acuerdo? ¿Cuáles son las implicaciones de ese principio más allá de la ficción?*

Cierre. *Si pudieras enviar un mensaje a los que lleguen después, como Thûrgon envió el suyo en la cámara de Dûrakh, ¿qué dirías? ¿Y qué no dirías, porque hay cosas que cada generación debe descubrir sola?*

* * *

La novela comienza con: «En el principio no hubo dioses.»

Y termina, en la pared de las minas de Dûrenghal, con: «Si no preguntas, también.»

Entre las dos hay diez mil años de historia, cinco reinos, una chispa no autorizada, un árbol que guarda memorias, un contrato con una cláusula secreta, y un niño con los pies descalzos en el suelo que sabe quién es.

¿Qué pusiste tú ahí, mientras leías?

Eso es lo que el libro quería preguntarte.

Y lo que tú pongas ahí es tuyo. Solo tuyo. Como lo fue siempre.

*"En el principio no hubo dioses.
Hubo necesidad.
Y la necesidad nos creó a nosotros."*



— Tablillas de Aetharum, Biblioteca de Aenduril

*Hace diez mil años, unas luces nuevas cruzaron el cielo de Aethon.
No eran dioses. Eran ingenieros con una urgencia y un contrato.*

Los Vaelthai llegaron por el Aetharum, el único mineral capaz de salvar su mundo. Para extraerlo modificaron genéticamente a la especie autóctona de Aethon, les otorgaron inteligencia y los pusieron a trabajar. Cuando tuvieron lo que necesitaban, partieron. Dejaron cinco reyes, un contrato, y algo que nadie calculó completamente:

Una chispa. La pregunta que ningún contrato puede suprimir.

Diez mil años después, Kael —un soldado con un segundo iris en cada ojo— y Sylvë —una sacerdotisa que escucha las memorias del árbol más viejo del mundo— se cruzan en el punto neutral entre dos ejércitos.

Veinticinco años para que cinco reinos en guerra alcancen la consciencia de su origen. Antes de que alguien lo borre para siempre de la memoria de un mundo entero.

"Para los que saben que la libertad sin origen no es suficiente. Y que el origen sin libertad tampoco."

MICHEL ONIRIX

CIENCIA FICCIÓN FILOSÓFICA